

Conflictos geográficos en las tierras patagónicas chilenas

I INTRODUCCIÓN

LA FINISTERRAE no es sencillamente una realidad geográfica, aquélla parte de la tierra donde acaba abruptamente el continente, sino un concepto espacial opuesto a la civilización. El hombre no puede domeñar la tierra quebrada y violenta de la *finisterrae*, no la puede transformar fácilmente en paisaje cultural, ni siquiera colonizarla episódicamente. Por tanto, le fascina y le amedrenta a la vez. Es aquí, en los confines del mundo, donde muchos creen que se halla la morada de los dioses y de los proscritos que infringían las leyes de éstos, ya que sólo ellos podían habitar las alturas y honduras inaccesibles al hombre. Si alguna vez se puede sentir lo que significa estar en el límite del mundo, más allá de lo que reconocemos como naturaleza, es explorando las tierras australes chilenas. Los avances en los medios de comunicación han permitido que la conozcamos mejor en la segunda mitad del siglo XX. No obstante, guarda su carácter de tierra indómita, de solitario encuentro con la última frontera.

Para cualquier avezado viajero que quiera adentrarse en la antigua Trapananda, llamada hoy Patagonia Occidental, la ciudad de Puerto Montt es trampolín obligatorio en el acceso de las tierras del sur, una finisterrae larga y estrecha de unos 250.000 km² de extensión (la mitad de España). Tanto la navegación aérea entre Puerto Montt y Coyhaique, como entre esta pequeña capital de la región de Aysén y Punta Arenas, capital de la región de Magallanes, permiten ver la línea zigzagueante de la costa patagónica. Sus miles de islas dispersas, las grandes bocas de los fiordos traen a la mente un pensamiento de los pocos expedicionarios del siglo XVI:

«Los cerros entre los que navegábamos semejaban manadas de monstruos marinos echados sobre las aguas».

Cualquiera puede imaginar lo dura que debió ser la navegación de Magallanes y su tripulación a lo largo de esta costa, al margen de los dos años que le costó encontrar el estrecho, contemplando una de las orografías más agrestes del planeta, una costa que no ofrecía cobijo ni fondeadero seguro, un horizonte impreciso, un laberinto de mar y tierra.

Las viejas imágenes y las descripciones de viajeros y estudiosos coinciden en su visión de las tierras australes chilenas, también conocidas como Patagonia Occidental: montañas y valles precipitándose hacia el mar, sucesión de islas y canales sin horizonte; cresterías que desaparecen arriba entre la bruma y ríos rugiendo abajo, casi ocultos por una exuberante floresta; la ventisca haciendo aún más difícil el tránsito a los navegantes o a los pocos carruajes que transitan por los escasos caminos, el vacuno hundiéndose en la nieve; cortinas de agua difuminando los fondos verdes de los bosques, donde mugen los huemules de cuando en cuando; en medio de tanta naturaleza salvaje, ningún pueblo, ninguna casa en muchos kilómetros a la redonda, nadie, la soledad más bella que uno pueda encontrar.

II UN MEDIO FÍSICO DIFÍCIL, COMPARTIMENTADO Y DIVERSO

El sorprendente contraste orográfico y bioclimático de las vertientes de los Andes Patagónicos es proverbial. A pesar de la belleza extraordinaria del relieve y la vegetación, la inclemencia climática impone al colonizador un grave problema de adaptación. Además, el trasie-

go interno en la Patagonia chilena tiene todas las dificultades posibles: lagos y lagunas encerrados por vertientes abruptas, pantanos, ríos caudalosos, laderas muy dinámicas y un bosque natural denso e impenetrable. De norte a sur, entre las diferentes cuencas fluviales, un mosaico de valles presenta todo tipo de obstáculos para la comunicación. Pero, de ellos, el más llamativo es el de los dos grandes glaciares continentales situados en la horizontal de los paralelos 47°-51°.

El medio físico del sur chileno, excluida la bota situada entre los paralelos 50° y 55°, está presidido por los Andes Patagónicos. En esta zona, la gran Cordillera Andina pierde el carácter macizo que caracteriza sus tramos norte y central (Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, mitad norteña de Chile) y sólo los estudiosos pueden apreciar restos de cuatro grandes fajas de relieve alineadas en dirección Norte-Sur: la Cordillera Costera, la Depresión Intermedia, la Dorsal Andina y las Mesetas Patagónicas, desarrolladas ampliamente estas últimas en terreno argentino.

Primero fueron los hundimientos tectónicos los que rompieron el carácter macizo de los Andes. Posteriormente fue el aumento de las temperaturas de la tierra experimentado en los últimos miles de años, el que provocó la progresiva retirada de los hielos y el aumento del nivel del mar. Como resultado final, la Dorsal se encuentra hoy muy fragmentada, la Depresión se sumerge bajo las aguas y la Cordillera Costera asoma en forma de centenares de islas que se interponen entre el Pacífico y los grandes contrafuertes andinos a modo de laberinto minoico.

A pesar de la gran pérdida de hielos continentales, el ambiente andino aparece caracterizado por las consecuencias aún evidentes de una fuerte glaciación, con abundantes heleros y profundos valles recorridos por ventisqueros que caen al mar, con una morfología de cumbres y picachos agudos (aquí llamados «torres»), esculpidos por la erosión glaciaria y periglaciaria, o por la existencia de dos campos de hielo continentales (Norte y Sur) que casi alcanzan los cinco mil kilómetros cuadrados de extensión.

La proximidad de los Andes al Océano Pacífico se traduce en la continuidad y magnitud de las precipitaciones, que superan en muchos puntos de la costa más de 3.000 mm anuales, aunque se atenúan según se asciende hacia valles y cuencas interiores. Las temperaturas se sitúan entre los 14°C de media del mes más cálido (enero) y 1°C de media para el mes de junio, con una humedad inalterable la mayor parte del año (90-95%), y

unos fuertes vientos del Oeste, factores estos que provocan una sensación térmica muy desagradable, sobre todo en verano.

Por lo que se refiere a la vegetación, el sector archipelágico y el borde occidental de los Andes se caracterizan por tener un bosque muy rico en especies arbóreas, entre las que sobresalen la lenga (*Nothofagus pumilio*), el mañío (*Podocarpus nubigenus*), la tepa (*Laurelia philippiana*), el ñirre (*Nothofagus antarctica*), el arráyán rojo (*Myrceugenia apiculata*), o el ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uvifera*). A medida que se asciende a las cumbres y cuencas altas andinas, la vegetación se modifica sensiblemente empujándose el porte arbóreo y apareciendo el césped de corinales pampinos.

Pero la gran característica de todo el Sur chileno es su secular incomunicación, en relación con su borde norte, la isla de Chiloé, de antigua civilización india, o con la Patagonia continental, situada al Este, e igual de despoblada que la insular, o con el océano Pacífico, al oeste. Los pocos pueblos aborígenes que la poblaban (tehuelches o patagones, en la parte continental y los alacalufes, en el litoral) vivían en pequeñas comunidades, muy separadas entre sí, en un medio muy hostil. Incluso los expansionistas quechuas, venidos del Norte hasta Chiloé, se quedaron en esta gran isla, no aventurándose nunca más al Sur, ni siquiera cuando fueron presionados por el avance de la colonización europea entre los siglos XVII y XVIII.

III

LA EXPLORACIÓN Y EL RECONOCIMIENTO DE LA PATAGONIA CHILENA

Desde la isla de Chiloé, colonizada por los jesuitas, o desde la capital del virreinato del Perú, son varias las expediciones que se aventuraron en la Trapananda. Los motivos que se perseguían fueron: a) evangelizar a sus pocos indígenas; b) frenar amenazas de intromisión y establecimiento de Inglaterra en la zona (ataques de Francis Drake o del holandés Hendrick Prowers); c) el reconocimiento geográfico del largo e intrincado litoral desde Puerto Montt hasta el Estrecho. Había un último motivo, usado muchas veces como portaestandarte de los anteriores o como pretexto para la simple aventura. Era la presunta existencia de un «El Dorado» austral, la Ciudad de los Césares, cuya leyenda hablaba de un verdadero paraíso terrenal, con calles, casas, vajillas y utensilios fabricados o decorados con plata, oro y pie-

dras preciosas; con fuentes de las que manaban aguas milagrosas que prolongan la vida; con hombres hercúleos, mujeres hermosas y todos gozando de excelente salud. Esta leyenda perdió fuerza por otro ideograma, aquel que propalaron los navegantes de finales del siglo XVIII, según el cual por la Trapananda se podía acceder fácilmente a las llanuras patagónicas y al Atlántico, por pasos naturales percolados en la Cordillera Andina.

No es hasta 1792 cuando el Virrey del Perú ordena la búsqueda de un paso hacia el interior, hacia las tierras altas que conducirían al Atlántico, merced a la expedición que José de Moraleda realizó a través de algunos de los principales fiordos de la zona, sin que él fuera consciente de haber conseguido su objetivo final, aunque sí domeñó el paso hacia lo que con el tiempo sería el principal corredor de colonización de gentes europeas (Puerto Aysén-Coyhaique-Balmaceda), en el centro del Sur chileno. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la Independencia trajo consigo el olvido de las tierras australes, al punto de que se suspendieron las expediciones científicas, de penetración y de conquista,

«ya que no había tiempo para preocupaciones de soberanía sobre territorios abandonados y desconocidos».

La Constitución de 1822 llevó tanto a Chile como a Argentina a considerar la Patagonia como «territorios poblados por indios», cuando lo cierto es que éstos eran numéricamente muy pocos y descohesionados entre sí.

A partir de entonces, las tierras australes se vinculan a personajes epopéyicos como el alemán Felipe Weshoff, el cual vino desde Perú en busca de maderas para los ferrocarriles de aquel incipiente país, y se radicó en la zona comerciando y enriqueciéndose con la corta de estacas de ciprés, la extracción de aceite de lobo marino, guano de lobos y de pájaros, la explotación de pieles finas y el ahumado de pescados, en especial el salmón. Estas rúbricas permiten hacernos una idea de cuales eran las principales riquezas de la zona. Pero a quien se le considera el descubridor en 1871 del acceso adecuado a la Patagonia continental y al Atlántico es al almirante Simpson, el cual recorrió el río Aysén desde el mar hasta las tierras altas de su cuenca, que comunican fácilmente con la vertiente continental de los Andes, a través de Balmaceda.

En 1831 Fitz-Roy, acompañado del sabio inglés Charles Darwin, inicia un periplo científico de cinco años de duración en las naves «Adventure» y «Beagle», que se detienen en el completo recorrido de las costas de Trapananda, desde el estrecho de Magallanes hasta Chiloé, de sur a norte. La elaboración de cartas náuticas y

mapas por parte de Fritz-Roy fue una rica herencia para navegantes y exploradores posteriores.

Curiosamente, algo tan insólito como los enfrentamientos interfronterizos entre Chile y Argentina, cuyo arbitraje correspondió durante mucho tiempo a los británicos, fue lo que permitió el conocimiento de casi toda nuestra zona, que ya no recibía el nombre de Trapananda ni se oía hablar de la leyenda de la Ciudad de los Césares, excepto en los corrillos de los viejos leñadores chilotes. Pero es el geógrafo alemán Hans Steffen, discípulo del eminente Ferdinand Richthofen, el que explora científicamente la región, entre 1892 y 1902, acompañado del ingeniero Oscar Von Fischer, el naturalista Peter Dusen y de dos capitanes prusianos. Es él quien sienta las bases del conocimiento científico de la zona con una voluminosa obra que aún hoy está vigente. Logró identificar el curso de la mayoría de los muchos ríos y fiordos que desembocan en el Pacífico (Puelo, Manso, Aysén-Simpson, Huemules, Baker...). Con él se terminan frases dictadas desde las cátedras de las universidades chilenas tales como:

«La miserable y horrible Patagonia es una simple imagen del infierno»

o esta otra

«Ninguna de las partes de este territorio ofrece a la colonización ventajas serias».

Otro alemán, en este caso el ingeniero agrónomo Augusto Grose, dedicó muchos años desde 1932 a la búsqueda de rutas camineras internas y a la localización de campos colonizables.

Así pues, el reconocimiento y la explotación de estas tierras fue tarea de hombres solitarios, sin conducción ni orientación. Llegaban a una tierra, donde lo único que podía allí sustentar la vida era la naturaleza. Aún hoy existen amplias zonas que no están sujetas a la acción del hombre, pues la inaccesibilidad de estas abruptas tierras la convierte en muy difícil.

IV

LA COLONIZACIÓN DE LA PATAGONIA

En Chile, al igual de lo ocurrido en el resto de la América española, la conquista y colonización de nuevas tierras a partir del siglo XVI se basa en la fundación de ciudades, a partir de las cuales se avanza en el dominio del territorio. Pero la fuerza que permite fundar un establecimiento para la vida pública es la benignidad del medio físico, sobre todo del clima, y es de sobra conoci-

do que los antiguos españoles rechazaron las tierras de clima extremo. Cuando éstos llegan desde el norte a la isla de Chiloé después de ir colonizando el país poco a poco, no continúan avanzando hacia el sur pues se encuentran con lo inhóspito. Por eso sus exploradores, navegantes y misioneros, lo mismo que harían después los mismos chilenos, descubren la costa y se van.

La única excepción a esta regla en toda la Patagonia es la ocupación efectiva por la entonces incipiente República de Chile del Estrecho de Magallanes. Su mandatario O'Higgins se dio cuenta de la conveniencia de ocupar el estrecho para dominar aquellos puntos claves en las rutas entre Europa y el Pacífico. Sin proponérselo, esta ocupación, acaecida en 1843, y que fue seguida de la fundación en 1848 de la ciudad más meridional del mundo, Punta Arenas, involucró también a las tierras fueguinas, patagónicas y polares. Siendo así, convirtió en legalmente chilena a toda la Patagonia Occidental.

La Patagonia chilena, y algo menos la argentina, ha quedado hasta no hace mucho tiempo en situación de tierra olvidada, inexplorada en su interior, hasta que llega la colonización, a primeros de nuestro siglo. Lo hace de la mano de familias de intrépidos o gente ávida de tierras nuevas (chilotas, alemanes, galeses, patagones chileno-argentinos) o de grandes sociedades ganaderas. Algunas de las más importantes fueron la Sociedad Industrial de Aysén, la Sociedad Ganadera Cisnes, la Anglo Chilean Pastoral, la Sociedad Estancias Posadas, Hobbs y Cía, la Ganadera del Valle Chacabuco o la Ganadera del Río Baker. Podían llegar a tener en régimen de concesión hasta unos 8.000 km² de superficie, y dedicaron sus esfuerzos a las ganaderías bovina y ovina. Una estancia particular como la de Esteban Lucas Bridges, llegó a tener en su mejor época, en los años cincuenta, unas 90.000 ovejas y 2.000 vacas. Por esos mismos años, la población de la Patagonia, a excepción del puerto franco de Punta Arenas, tenía unos sesenta mil habitantes en casi un cuarto de millón de kilómetros cuadrados de superficie.

Así pues, el poblamiento o colonización de la mayor parte de la superficie del sur chileno corre a cargo de las compañías ganaderas, las cuales obtienen grandes extensiones de tierra, de grado a grado de latitud geográfica, y les corresponde organizar el territorio. De este modo, durante todo este siglo la única «acción» colonizadora del Estado chileno sobre la Patagonia consistió en ceder inmensas concesiones de tierras nuevas a personas o sociedades que se comprometen a poblarlas y a hacerlas producir. Las razones de tal política son conocidas:

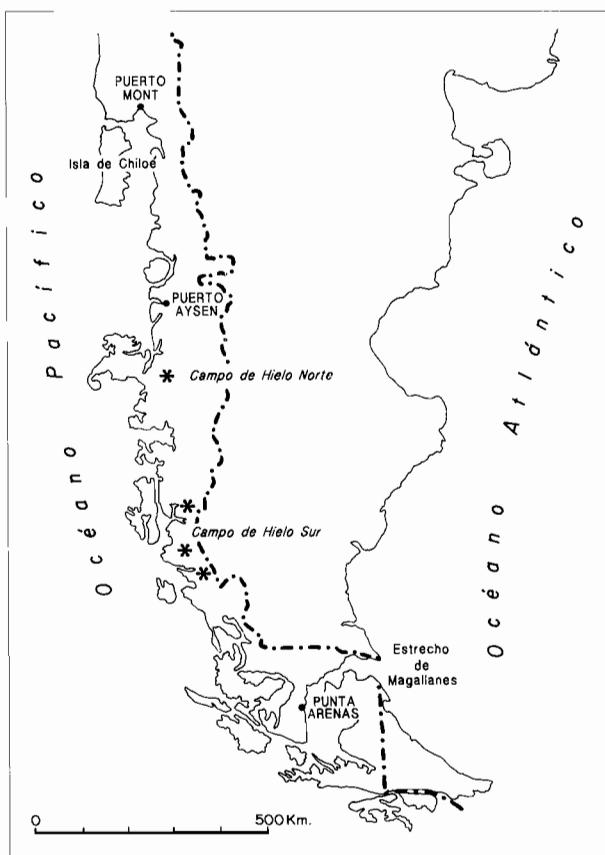


FIG. 1.

a) ignorancia gubernamental; b) interés de la hacienda estatal, que se asegura ingresos por subasta pública; c) facilidades por parte de las compañías, que se comprometen a todo y «arriesgan» los capitales privados, y d) utilización de los organismos de decisión política por intereses financieros privados.

La Patagonia es dividida en algunos grandes feudos, centrado cada uno en una cuenca fluvial y administrados por sociedades capitalistas externas a la región, e incluso a Chile. No se favorecen ni la organización coherente del espacio regional ni su integración en el conjunto del país.

Esto trajo como consecuencia, en primer lugar, el que la infraestructura creada fuera escasa, de conveniencia y al mínimo costo posible (si Chile tiene una densidad de caminos de 10 km por cada 100 km², aquí solo hay 0,70 km). La tan ansiada carretera austral, de un solo carril y de macadam, que debe recorrer los 400 tortuosos kilómetros que median entre Puerto Montt y Punta Arenas, se abrió en 1995, veinte años después de que se iniciaran sus primeros trabajos. Pero apenas re-

suelve el problema de la comunicación norte-sur, pues son pocos los que se aventuran a recorrerla a lo largo de las más de 18 horas que dura su recorrido.

En segundo lugar, el interés de los ganaderos era exclusivamente el hacer tierra para la oveja, es decir, destruir irremediamente una riqueza forestal frágil y excluir a los colonos. El arraigo de colonos en esas tierras es una cláusula sistemáticamente eludida. Pongamos un ejemplo muy llamativo y excepcional para ilustrar la manera en que se llegó a tratar a los trabajadores. En 1906 la Sociedad Explotadora del Río Baker, concesionaria para la explotación bovina, luego ovina, de las tierras altas del Baker, ante las dificultades de seguir obteniendo buenos resultados de la ganadería, aprovecha la tala de bosques para negociar con la madera del espacio concedido por el Estado, y cuando ya no puede mantenerse el nivel de ingresos por mala gestión y por la pérdida de masa boscosa maderera, finiquita su vinculación con los 200 trabajadores que le restaban en nómina, y a los que les adeudaban bastante dinero, invitándolos a una comida en la que se sirvieron platos envenenados.

Una llamativa consecuencia de la deforestación es el reciente aterramiento de Puerto Aysén. Esta localidad, fundada en 1926 como dispositivo de comunicación entre el mar y las mesetas patagónicas a través del precioso río Simpson, ha visto colmatado su puerto por los miles de toneladas de tierra que desata una cruel deforestación de la cuenca hidrográfica. El puerto se ha tenido que trasladar once kilómetros río-canal abajo, y la nueva realidad se llama Puerto Chacabuco, población fundada en 1972.

El arraigo solo lo practican los colonos que se han instalado por cuenta propia. Entran por los pasos andinos desde las mesetas patagónicas con intención de radicarse y, curiosamente, mantienen vivos los lazos con la Patagonia argentina, pues se desplazan hasta el Atlántico (Comodoro-Rivadavia) para abastecerse de alimentos y enseres, además de para algunas transacciones comerciales. Otros que han arraigado, pero de otro modo, y casi siempre en el litoral patagónico, son los chilotas. Los ocupantes de esta zona son los más antiguos, su oficio lo constituye la pesca artesanal y la extracción de maderas. Son ellos los que asumen la vida del mar-canal. Proviene de pueblos pescadores y, a pesar del clima inclemente, se han avenido perfectamente con el paraje, el difícil acceso y la carencia de tierras planas. Las compañías ganaderas a las que se les concedió las tierras de grado a grado de latitud, jamás se instalan en la costa-canal, pues el pronto bene-

ficio en la explotación de la tierra aquí era prácticamente imposible.

V

LA DISPUTA FRONTERIZA ENTRE CHILE Y ARGENTINA

Nadie que visite Chile puede ser ajeno a las tensas discusiones que particulares y medios de comunicación social realizan sobre el asunto fronterizo. Y así ocurre desde principios de siglo, cuando comienzan a disputarse un inmenso territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados: la Patagonia, ese cono austral que se desarrolla al sur del paralelo 42°, entre los océanos Atlántico y Pacífico. A un lado los problemas fronterizos con los países del Norte (Perú y Bolivia), que llegaron a provocar la Guerra del Nitrato en 1880, los conflictos más recientes se han centrado en nuestra zona. Derivan éstos de lo siguiente:

- a) De la extensa frontera que separa a Chile de Argentina (más de cinco mil kilómetros).
- b) De la inexistencia de fronteras reales después de la independencia de ambos países, los cuales se sentían poseedores por igual de las tierras situadas al sur del paralelo 42°, es decir la Patagonia y el estrecho de Magallanes.
- c) De la ambigua redacción y de la falta de criterio geográfico del Tratado de Límites de 1881 que propuso, a grandes rasgos, los límites actuales. En él se dispone que la frontera correrá «por las cumbres más elevadas de las cordilleras que dividan aguas...» En la parte norte y central de la cordillera andina, donde la divisoria de aguas y la línea de altas cumbres coinciden, no hubo problemas para la aplicación del Tratado. Sin embargo, en la tortuosa orografía de la cordillera patagónica, Chile sostenía la tesis de establecer la frontera atendiendo a la divisoria de aguas y Argentina mantenía la tesis de las líneas de las más altas cumbres. Ninguno sospechaba que el sistema hidrográfico de la vertiente del Pacífico, que ha sacado provecho de la intensa excavación del Cuaternario, desborda ampliamente hacia el Este la línea muy fragmentada de las altas cumbres de la Cordillera Patagónica. Hasta el reciente caso de Laguna del Desierto, este hecho geográfico ha favorecido casi siempre a Chile, pues su territorio se adentra por las cabeceras de los ríos en las mesetas patagónicas, en su mayoría argentinas.
- d) Del desconocimiento geográfico y del abandono que se ha tenido para con esta zona por parte de ambos

países, pero en especial de Chile, que no comenzó a colonizarla hasta bien avanzado nuestro siglo, y que no fundó las primeras poblaciones, a un lado Punta Arenas, hasta los años treinta (Puerto Aysén, Coyhaique, Caleta Tortel, Concrane y Chile Chico en la Región de Aysén, y Puerto Natales y Porvenir en la Región de Magallanes).

e) Del entreguismo explorador y científico de Chile en relación con la Gran Bretaña, que capitalizó para su propio interés el arbitraje ejercido en la época de entreguismos, y que no finalizó siquiera con el Laudo de 1902, elaborado técnicamente por los británicos.

f) De la ansiedad de Argentina por encontrar salida al Océano Pacífico y sus correspondientes 200 millas marinas de jurisdicción sobre uno de los bancos pesqueros más importantes del mundo, que contribuyan a compensar la pérdida, a similar latitud, pero en el Atlántico, de los beneficios pesqueros que reportan las británicas Islas Malvinas o Falkland Islands.

Estos factores provocaron momentos de tensión como los siguientes:

1) La Guerra de Chile Chico, cuando un grupo de chilenos expulsados de la Patagonia argentina en 1916 se instalan, a instancias de su gobierno, en el borde chileno del gran lago General Carreras, sobre unos terrenos que habían sido entregados previamente a una Sociedad Ganadera que había hecho dejación de la ocupación de esta zona de clima benigno y de suelos ricos. Los absentistas ganaderos entran en virulento conflicto con los colonos, los cuales son abandonados a su suerte por su propio gobierno pero, curiosamente son avituallados y atendidos en Argentina. Tras las disputas físicas, se le da la razón a estos últimos, y hoy día Chile Chico es uno de los pocos lugares de nuestra zona en los que se ha consolidado la apropiación humana del espacio, aunque sigue guardando fuertes vínculos con la Patagonia Argentina. La «ciudad» de Chile Chico se fundó en 1929, pero de siempre se ha valido de la vecindad de Argentina (en sus pueblos se inscribían, bautizaban, casaban y las comunicaciones con Santiago se hacían a través de las postas patagónicas argentinas o de Buenos Aires). Ese mismo año de 1915 se funda Balmaceda a 4 kms de la frontera para afianzar la soberanía de esos terrenos por parte de Chile. Hoy día tiene aeropuerto internacional y sólo unos cien vecinos.

2) El conflicto del Canal de Beagle. De acuerdo con el Tratado de 1881, las islas del Canal de Beagle, hasta el Cabo de Hornos, eran todas chilenas. Sin embargo, Argentina mantuvo una tesis diferente. En 1977, tras un

arbitraje británico, se dictaminó que las islas en disputa (Picton, Lennox y Nueva) debían seguir siendo chilenas. El fallo fue aceptado por Chile pero Argentina provocó una muy tensa situación, que estuvo a punto de provocar una guerra entre ambos países, entonces dirigidos por sendas dictaduras militares. Se pide una mediación al Papa Juan Pablo II, y éste consigue que firmen un Tratado de Paz y Amistad en 1984. En él se recoge también que Argentina se obliga a respetar el derecho, de los buques de todas las naciones, a navegar a través de sus aguas jurisdiccionales hacia y desde el estrecho de Magallanes. La amenaza de su cierre por el lado atlántico era la principal baza argentina para presionar sobre Chile.

3) Laguna del Desierto y Campos de Hielo. En ese mismo Tratado de Paz quedaron zanjadas todas las dudas sobre la titularidad de 24 porciones de espacio fronterizo. Sólo restaron dos problemas: la totalidad del Valle de la Laguna del Desierto (430 km²) y los límites definitivos del Campo de Hielo Sur, el inmenso casquete glaciar de casi 2.500 km². El valle de la Laguna del Desierto fue entregado a Argentina definitivamente en 1995 a partir de una argumentación jurídica, muy discutible desde el punto de vista técnico y geográfico, por un Tribunal Latinoamericano. Poco antes, Argentina había fundado, en un borde de la laguna, el poblado llamado El Chaltén, con el fin de consolidar su soberanía territorial.

La tensión por la imprecisa frontera en el Campo de Hielo Sur es el último episodio entre ambos países. El Campo de Hielo Sur es una gran masa de hielo de 2.374 km² de extensión, que alcanza unos 400 kms de desarrollo norte-sur, desde Villa O'Higgins hasta las torres del Paine, y los 2.000 metros de altura, sobresaliendo de ella cumbres aisladas que se empinan sobre los 3.000 metros de altura. El lento avance de este glaciar hacia el Pacífico, así como hacia el Este, y el precario acuerdo de trazar la frontera por la divisoria de aguas, hace de esta gran masa de hielo un territorio totalmente chileno, pero Argentina no cesa en su empeño de ampliar su jurisdicción a partir de estos hielos sólo aptos para ser vistos.

En los últimos meses Chile ha localizado dos «alcaldías de mar» (bases navales) en la costa más próxima al Campo de Hielo Sur, que se suman a la base aérea «Campo Azul», situada en las proximidades de Villa O'Higgins. Igualmente, Argentina ve con recelo la prolongación de la carretera austral, desde Yungay (en Aysén) hasta Magallanes, con el complemento de trasbordos marítimos. Esta carretera de muy difícil ejecu-

ción, debería servir para terminar con la incomunicación directa que existe a lo largo de territorio chileno, entre las regiones de Los Lagos (Región X), Aysén (Región XI) y Última Esperanza, Magallanes y Tierra del Fuego (Región XII). Actualmente, para ir desde

Puerto Mont, el final del Chile «civilizado», hasta Magallanes (Punta Arenas), hay que alcanzar la costa atlántica argentina, y bajar por Comodoro Ribadavia hasta el extremo sur chileno.— GUILLERMO MORALES MATOS

B I B L I O G R A F Í A

ARAYA URIBE, Baldo: «Historia de Aysén», en la revista *Trapananda*, Año VIII, n° 5, Aysén, 1985, págs. 193-202.

BENADAVA, Santiago: *Historia de las fronteras de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1993.

BÖRGEL, R.: «La Laguna del Desierto y su proyección geográfica en los problemas de límites con Argentina». *Revista de Geografía Norte Grande*, 18, Santiago de Chile, 1991, págs. 19-26.

GRENIER, Philippe: «El poder político chileno como agente de organización espacial en los confines chileno-argentino de la Patagonia (Paralelos 41°-49°)», en la revista *Trapananda*, Año III, n° 4, abril de 1981, págs. 3-9.

IRARRAZABAL, José Miguel: *La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1966.

INSTITUTO HIDROGRÁFICO DE LA ARMADA DE CHILE: *Derrotero de la costa de Chile. Golfo de Penas hasta la Boca Occidental del Estrecho de Magallanes*. Volumen III, 1982.

LAGOS CARMONA, Guillermo: *Historia de las fronteras de Chile. Los tratados de límites con Argentina*, Ed. Andrés Bello (2ª edic), Santiago de Chile, 1980.

MARTÍNEZ DE PISÓN STAMPA, Eduardo: «Las directrices morfológicas del sector andino, entre el lago O'Higgins y el monte Fitz-Roy (Chile-Argentina)», *Ería*, 1996, págs. 189-205.

MARTINIC, Mateo: *Última Esperanza en el tiempo*. Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1985.